Si llueve

(Pseudónimo: García Lavanda)

Si llueve, Sevilla se vuelve loca. Cualquiera que viva aquí lo sabe bien.

El autobús, que a estas horas suele ir medio vacío, está a explotar de gente. Noto cómo el agua fría del paraguas me cala los pantalones. Estoy estrujada contra la ventana y no lo puedo mover.

Me da un escalofrío al pensar en volver al piso helado. Nadie habrá vuelto de trabajar todavía. Nadie a quien contarle el día horrible de hoy. ¿Habrá empezado la vecina a cocinar? Escucharla moverse arriba y el olorcillo a pimiento frito casi me consolaría. Un poquito. Espero.

Llega mi parada y, hablando de la vecina, la veo levantarse de los asientos para mayores y acercarse a la puerta cual Moisés separando las aguas. Yo hago contorsionismo para salir. Alguien me da un codazo. Lo devuelvo. La lluvia me da otra bofetada al bajar y me apresuro a abrir el paraguas. Delante de mí, la vecina se cubre el pelo blanco con un periódico cada vez más mojado.

Me muerdo los labios. Me muero de la vergüenza. Suspiro.

–Hola, ¿te acompaño?

Parece sorprendida de verme. Mira hacia arriba, hacia mi paraguas, que ahora nos cubre a ambas. Después me mira a mí. Me sonríe, su cara entera se arruga, y me recuerda muchísimo a mi abuela.

–Tú eres una de las del bajo, ¿no? Pero qué *apañá*. Soy Carmina, del primero. Pues sí, hija, que me voy a resbalar con estos charcos. Menos mal que el autobús nos deja cerquita, ¿eh? Sale una a cualquier cosa y *ea*, se pone a llover, y ya no hay quien haga nada.

–Yo soy Laura –le respondo, por decir algo.

Se apoya en mi brazo sin pudor ninguno mientras andamos.

–El C2 es mejor si llueve. Pasa más y suelen dejarme sentarme. Es una de las ventajas de ser vieja, ¿eh? Que me dejan los asientos.

–Alguna ventaja tenía que tener –intento bromear.

–Sí, alguna tiene. Dime, ¿qué estáis estudiando? ¿O trabajáis?

–¿Mis compañeros de piso? Trabajan. Yo también. Y estudio.

–Una *apañá*. Yo con tu edad hubiera querido estudiar. Me hubiera comido el mundo así, ¡argh! De un *bocao*.

Me río. No puedo evitarlo.

–Y hubiera viajado también. ¿Tú viajas?

–Sí, si puedo. Si me deja mi jefe.

–Claro que te dejará, mujer. Y si no, ¡argh! Te lo comes de un *bocao*.

–Sabría fatal –le confieso–. Es de los malos.

–Pero seguro que a ti a mala no te gana nadie.

–Ay, ojalá –respondo con fervor–. Ojalá.

Llegamos al portal. Carmina abre y entramos chapoteando. Antes de subir las escaleras, me da unos golpecitos en la mejilla con su mano arrugada.

–Me voy antes de que me resfríe. Pero acuérdate, Laura. ¡Argh! De un *bocao*.

Me río y le doy las gracias. La observo subir, renqueando, y me espero hasta que escucho su puerta cerrarse.

Menos mal que el día ha acabado un poquito mejor.